



CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

LOS DE CASA

DIÓGENES HÉQUET

AÑO I
N.º 31
Setiembre 30 de 1894

PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR

Los mismos precios, en moneda equiva.
lente, con el aumento del franqueo.

Número corriente 30 centesimos - Número atrasado 40 centesimos

DEVENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57

Es el primer oriental
que aquí á la escenografía
se dedicó, y á fe mia
que en tal arte es especial.

Y en otros géneros... ¡digo!
¡Si en todos es excelente!
(Y esto lo dice la gente
y no yo por ser su amigo).

Mas no he de callar verdades
por serlo; que eso está visto
y bien lo prueba su *Cristo*
en el lago Tiberiades.

SUMARIO

GRABADOS—«Diógenes Héquet», por M. Correa—«El arte en los salones—Sra. Rafaela Arrien»—«Para Ellas»—«Retrato de señorita», por Aurelio Giménez—«Del frontón a la cabaña»—«Ginetsando por Wimplaine» y varios intercalados en el texto, por A. Giménez—Nuestros prohombres de incognito», por Wimplaine.

TEXTO—«Zig-Zag», por Arturo A. Giménez—«Partes y novedades», por Fray V. de Lorza—«Para Ellas»—«Una tarde en lo de Adolfo Piñeiro, por Nemo»—«Recorte (Visita inesperada) por Juan Perez Zúñiga—«Teatros», por Re-Bemol—«Germana», (Novela corta), por Miriam Menéndez—Correspondencia particular—Sección recreativa.



Pues lectores, es ya un hecho averiguado que nuestra suprema excelencia se ha dado a la caballería.

Pero hay que hacer una salvedad; se ha dedicado a la caballería *platónica*; vale decir, que no se trata del arma por tol nombre conocida, que despues de lo que en la formacion militar del 25 de Agosto vimos, valor se necesita para dedicarse a eso; no se trata de *ejercer* personalmente en ella sino de interesarse por los progresos de la raza caballar y parientes y contribuir a su mejor desarrollo y cuidado.

Que a esto es a lo que se ha dedicado Su Excelencia, pues, por otra parte no sé yo si sabe montar, ó si acostumbra a hacerlo muy amenuado, aunque de suponerse es que sepa hacerlo.

Pues, como iba diciendo, nuestro magistrado se ha dado de lleno a cosas de caballos y tan enérgicamente se manifestó su decidida afición por los solípedos en cuestion, que en vn'dos por tres háse convertido en un entusiasta *sportsman*.

Era natural. Tanto visitar asilos maternales y colegios y demás establecimientos caritativos, dió en ablandarse de tal modo su corazon y de tal modo hizose sensible a las más tiernas sensaciones, que concluyó por experimentar extraordinario cariño por esos nobles animales, cosa de que no se le creía capaz, dado que hasta ahora no habían conseguido enternecerle ni las quejas de los *voluntarios* que todos conocemos.

Don Pedro Piñeyría se encargó solícito de su iniciacion en los misterios del *turf*, y lo primero que hizo para probar si era decidida y firme la vocacion del nuevo adepto, fué exigir de su generosidad la necesaria cantidad de miles de pesos para el premio a adjudicarse en la próxima carrera internacional.

Luego le llevó a visitar *tattersalls* y *studs* y *écuries*, etc., etc., y héteme aquí ya a don Juan hecho todo un carrerista de primera.

Al principio, le costó un poco acostumbrarse a la terminología algo enrevesada de la clase de gentes y animales entre los cuales iba a alternar en adelante, así es que no pocas veces sus nuevos compañeros hubieron de corregirle amistosamente varios errores.

En la última fiesta hípica, por ejemplo, preguntó distraídamente a don José P. Ramírez:

—¿Está tercera carrera es también de 1750 tantos?

El otro dió un salto que admirara a una pulga si lo hubiera visto.

—Metros.... observó, interviniendo, don Pedro.

—Eso es, metros, corrigió S. E. Me olvidaba de que...

—Sí, sí, ya concluyeron los otros.

Como hubiera llovido poco antes de la fiesta, don Juan quiso darse también un *cortesito* de entendido y dijo con aire de suficiencia:

—Pues a pesar de la lluvia, está muy linda la *cancha*.

—La pista... casi gritó Victorica, haciendo una mueca, como si la palabra de S. E. le hubiera caído sobre un callo.

—¿De quién? preguntó S. E., más confundido cada vez. ¿Algún empeño para con Paravis, el de la policia de seguridad?

—No señor, me refería a la pista del circo, que...

—¡Ah! ¡Ah! (De fijo he dicho alguna camelada). Creí que se refería a las pistas que sigue Paravis. ¡Qué bueno!

Pero, para componerla, al oír que, mirando un grupo de caballos, con un par de gemelos que no parecían sino dos botellas de vino Vidiella unidas, exclamaba Rodriguez Larreta: «¡Qué lindo lote!» preguntó con sencillez:

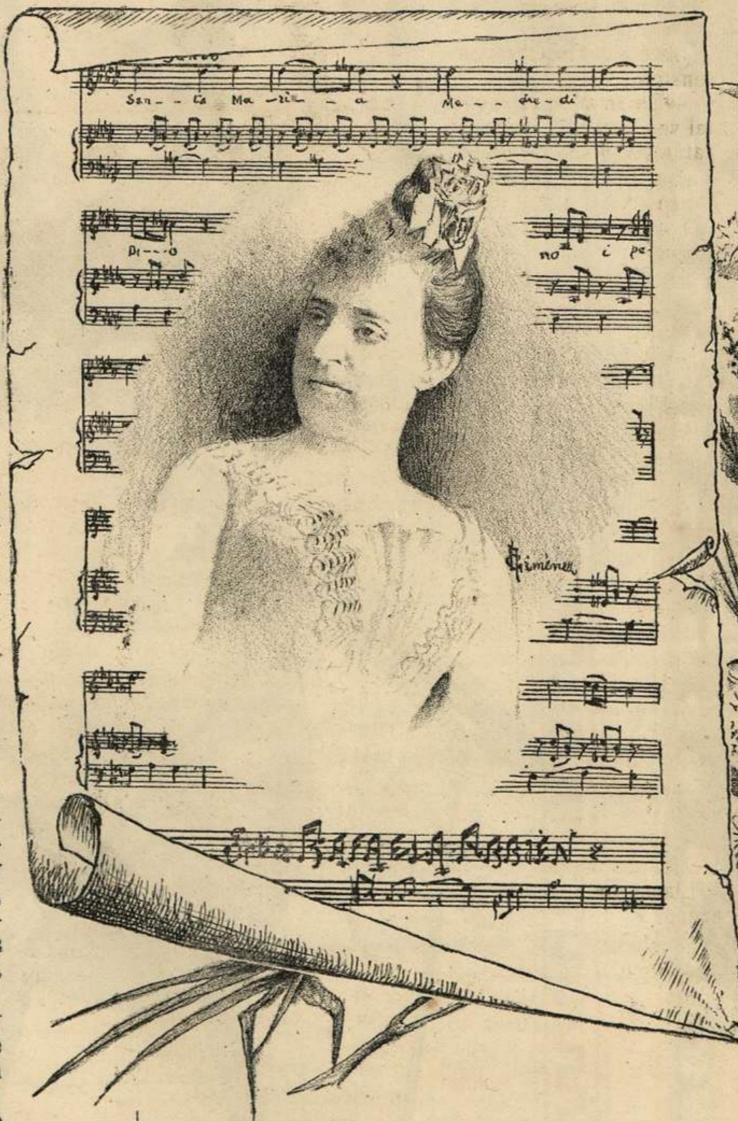
—¿Lote? ¡Cómo! Se rematan todos esos caballos?

Y así por el estilo. Pero también una vez que llegó a ponerse al corriente de tales cosas, era digno de oírse. Con tal furia le entró el entusiasmo, que todo lo refería a su afición favorita y repentina y para todo usaba el lenguaje sportivo, que era un gusto escucharle.

A *Monsieur le Général* que fué a hablarle sobre la desaparición del cadete Silva, le dijo:

EL ARTE EN LOS SALONES

NUESTROS AFICIONADOS



—¡Ah! Quiere decir que ha hecho declaración de *forfait*. Bien, bien.

Monsieur le général le miró algo atontado pero sin mayor desperfecto en su ánimo, mas luego, cuando a falta de otros comenzaron a hablar de asuntos indiferentes, fué más grave la cosa.

Le Ministre relataba que en cierta ocasión, a una voz suya (pronunciada en francés por supuesto) se habla detenido un briosisimo caballo que huía sin que el jinete pudiera dominarlo.

A lo cual contestó S. E. distraído, palmeándole el hombro:

—¡Noble bruto!

Claro que se refería al briosisimo caballo, pero con todo *Monsieur le Ministre* salió algo disgustado de la entrevista.

En cambio, al Dr. Miguel Herrera que fué a solicitar la separación de un alto empleado, por no considerarlo ya apto, le contestó:

—Sí, sí. Que lo pongan para cría.

En fin, que como los decía, don Juan se ha dado en cuerpo y alma a la fiebre sportiva; y el otro día que se enfermó en su casa un sirviente, mandó distraído que llamaran al veterinario.

A la Excelencia de Fomento, que, conversando le decía que Peña se había mostrado descontento del nombramiento de Comisión para los estudios de puerto, gritó:

—Que lo recarguen con cuarenta y nueve kilos.

Así, ni más ni menos. Está terrible.

La cuestión es que, aunque parezca raro, los amigos políticos de don Juan está sumamente disgustados.

—Porque, figúrese usted, me decía un chusco, el papel que hacen los tales amigos y con especialidad los más íntimos y preferidos, cuando todo el mundo anda diciendo que don Juan tiene extraordinaria predilección por los animales!

ARTURO A. GIMÉNEZ



PARTES Y NOVEDADES

Aquí estoy yo...

Buenos días, amadísimos lectores.

Amadísimos lectores, salud!

Esta sección (que felizmente no tiene comisario) dedicada a ustedes, es una especie de kaleidoscopio político, social y *chismográfico*, de la patria de Artigas y del general Carámbula.

Hay en ella, como en botica, de todo un poco... Más partes y novedades que los fabricados en un corrillo de cocineras murmuradoras en el mercado

Pero... me asalta el temor

más grande de los temores,

y es que ustedes, mis lectores

al verme tan inferior,

van a decir: «Pues, señor

declaramos con franqueza

que es tan grande la flaqueza

de este literato... a palos,

que adorna, con versos malos

prosa sin pié ni cabeza.

¡Cómo ha de ser!... *Quod Natura non*

dat Salamanca non prestat.

Pero... en fin: que doy pasos al frente,

me sacó el único birrete que tengo, y

al igual de Punteret ó Lagartijo, lo arrojé

a sus piés gritándoles con la gracia más

andaluza del siglo:

¡Vaya por ustedes!

Si incommencia la danza

¿Quieren creer que todavía está echando humo la cuestión de la *fumada* que le hicieron al *Bon Jules* cuando la famosa y muy comentada cena?

Pues si no lo quieren creer

oigamén, y lo verán.

Don Gedeon Herrera, enemigo del titeado como de la estrignina y de los cólicos *miserables*, me decía ayer con un tono marcado de ferviente adorador de la *higiene* política uruguay, y sacrificando un *tan-tico* la ortografía de la cosa:

—Ah! mi buen amigo... ¡Cuánto me alegraría si la *fumada* que le hicieron al *Bon Jules* le hiciera perder la afición a las *cenás*!

—¿Y qué hay con eso? le pregunté.

—¿Le parece nada? Pues porque de ese modo perdería hasta la esperanza de ser *cenador*!

Yo no le contesté, pero dirigí mi vista al cielo, y dije *in mentibus*:
¡Dios te oiga Gedeón!... pero con s!

Discutían ayer unos amigos de Peña y de Granada, sobre cual de los dos era persona más dura y más pesada.
—No hay que hablar, dijo un íntimo de Peña, es Luis el más pipón;
¡si aguantó más que el otro los pamperos sentados en su sillón!

Noticia franca:

Un tal Francisco Franc, de nacionalidad francesa, fué apresado por el oficial Franchini, al franquear las puertas del Club Franco-Oriental.

¡Cuánta franqueza en un hombre! tan solo falta le hacia que fuera, honrando á su nombre de la franc-masonería.

Juancito Borda y Gregorio con el coronel Tezanos, el ex-jefe de la Escolta del ex-don Máximo Santos, abrieron un gran stud de productos uruguayos hijos puros... y legítimos de padres *matrimonios*.
¡Qué Juancito!... Por millones se cuentan los comentarios que dió en propalar la gente por esos benditos barrios... Yo, por mi parte, les digo con el sombrero en la mano que la cosa me parece de un efecto extraordinario. ¿Y la causa?... Pues, la causa la veo yo en el agrado, el placer, que del vascuence se coló en el cuerpo humano, el veinticinco de Agosto del año noventa y cuatro, es decir, el veinticinco del mes de Agosto pasado, cuando vió el airoso porte de nuestros brutos paisanos (*non faciamo confuzione* me refiero á los caballos), con una alegría tal, con tan marcado entusiasmo, que hizo nacer en Juancito el afán de propagarlos con los padrillos de raza en que iban, muy bien montados, los caballeros tan rústicos que en la parada formaron.
Y...

—¿Y qué? Vamos á ver.

—Pues... que no hay necesidad de tanto romancear para decirles que Juancito Borda tiene stud, y que ahora, en vez de *emakor, zortzico, euskandulguntziot-bat*, va á hablarnos de *handicap, steeply-chasse, paddok* y algunas otras cosas que aprendió en el Tattershall de Lougarou y Vallaro.

Pero se me ocurre una idea.

Me ha dado en pensar que el stud de Juancito Borda va á hacer mucha contra al de Borda... behere, y eso que el de éste es... *argo muy superio*.

¡Egoísmo de apellido!

Y ¿cómo le llamarán?... Ya me figuro... Lo adivino.

Y creo que de ese modo no se han de hacer mucho mal, llamando al recién nacido «Stud Incondicional».

FRAY V. DE LORZA

A uno de esos prestamistas sin religión ni conciencia, fué á proponer un negocio de importancia una puerita.
—Préstame mucha atención, Hermógenes, dijo ella.
Y él, en la usura pensando, contestó sin darse cuenta:
—Al cinco por ciento al mes te prestaré lo que quieras.



¿Porqué en la sección «Para Ellas»? Eh... Porque sí. Porque en cualquier otro lugar de CARAS Y CARETAS se encontraría quizás extraño este artículo. Y en fin, porque tratándose de Adolfo Piñeyro á quien todas ustedes conocen y aprecian y que goza entre ustedes de una influencia envidiable, justo es que en la sección á ustedes dedicada hablemos de él. Aparte de que á los lectores nada les cuesta hacer una visita á la sección de las damas, porque, ya es sabido: lo cortés no quita... lo curioso.

Una tarde en lo de Adolfo Piñeyro bien merece describirse. ¡Bah! dirán los lectores. ¿Qué más dá una tarde allí que en cualquier otra parte? ¿Que es aquello un museo? Y bien; una tarde en un museo no es...

Alto ahí; es que el museo de Adolfo es un museo íntimo, como no se encuentra otro, un museo que en Montevideo vale una inmensidad, porque ha contribuido á formar todo él, porque han pagado tributo á la afición coleccionista del dueño, cuanto en él hay de conocido por su arte, su distinción, su buen gusto ó su riqueza.

¡Uf! Cuántas preciosas manos han preparado objetos para él.

¿Describirlo? Loca pretensión.

—En un mes, creo que tal vez pudiera hacer el catálogo, decía Piñeyro.

Apenas me alcanzó el tiempo para mirar algo y eso que estuve allí dos horas.

Pero, entre tanta monada y tanta preciosidad...

—¿Está mirando mis mamarrachos? dijo Adolfo dejando el piano y con él el *Capricho para piano* que ensayaba. Tengo mucho guardado; está todo sin arreglar...

Todo estaba en el orden más perfecto.

Y luego no hay luz aquí de día...

Y al separar las cortinas, adivinando mi mirada decía:

—Las he pintado yo... pero muy mal. No tengo tiempo; lo he hecho en un Domingo. El *conchavo* me lleva todo el tiempo.

Y las preciosas flores, sin duda para no desmentirlo, se ocultaban encogiéndose entre los pliegues de las sedosas cortinas, mientras que como pestañeando enojado ante el choque de la luz, relampagueaba copiando al iris el famoso mueblecito de nácar, maravilla de buen gusto y prolijidad.

—Cincuenta y ocho abanicos he cortado para hacerlo. Figúrese; mis amigas ya no tienen abanicos que darme. También, les he impuesto un tributo tremendo. Y me falta mucho todavía. Aquí irá...

Llamaron á la puerta. Los *habitués* empezaban á caer.

Y mientras yo miraba la consola morisca, sin advertir que el pedestal de las columnitas era un botón grande, y que el retazo de ajimez ocultaba bajo la blanca pintura de esmalte su pasta de cartón, oí que decía al recién llegado:

—Precisamente hablábamos de mi mueblecito, y me he acordado; dígame á su abuelita que espero el nácar que me prometió ¿eh? Aunque, ahora, no tengo tiempo! Uf! Si *tengo* la mar de casamientos y cumpleaños. Miren...

Mas de doce acuarelititas á tinta china, todas bonitas y de gusto, colocadas en sus respectivos marcos blancos y celestes, estaban allí apiladas, esperando el pase á otras manos.

Nuevos golpes á la puerta, anuncio de nuevos visitantes me dejaron tiempo de mirar el mueblecito Luis XV, y el otro mueblecito, y el otro, y el otro; que hay no sé cuántos.



Hubo que pasar por alto las vitrinas llenas de miniaturas, de preciosidades, de monadas, contentándose con ver de pasada la famosa caja auténtica de los Borgia, las condecoraciones, los abanicos del siglo XVIII, las monedas antiguas, el diminuto reloj de plata cincelada, las dos pequeñísimas ninfas de mármol de Carrara, destacando los purísimos conornos, en su posición pudorosa y encojida, sobre el fondo oscuro de un álbum, todo aquello llenando las vitrinas, confundiendo, gozándose en marear la vista, que al fin solo alcanzaba á distinguir claramente, resaltando solos en el centro de tantas menudas cositas, el nombramiento de Rondeau, que ostentaba su gran firma *Yo el Rey* sobre el amarillento pergamino, y el famoso puñal Luis XIV con que Mlle. de Blois hiriera á su antiguo novio, á quien le había sido dado por el rey, padre de la de Blois, como obsequio de honor por su heroico comportamiento en el célebre bombardeo de Argel.

Y después de entrevisto todo esto como una visión brillante, le tocó el turno al piano. Adolfo se sentó á él y las estatuas y los mueblecitos, y el sable japonés, y los platos pintados y las bordadas cortinas fueron envueltas por las vibraciones del «Capricho», última producción de Piñeyro, que se lanzaban valientemente desde el piano al espacio para ir á perderse aleteando en las esculturas doradas de la mampara.

Y después de el *Capricho* fué el *Wals* y después del *Wals* la *Tarantella* en preparación y después de la *Tarantella* la charla.

¡Y cuánto charlamos! Entre los cuatro que estábamos pasamos revista á todo.

Porque Adolfo Piñeyro, además de ser un excelente pianista, y un buen compositor, y un acuarelista de gusto y un minucioso y delicado decorador, es un *causer* entretenido y alegre como pocos.

Claro; las artes fueron el tema predilecto, la música, el canto, el piano, la pintura.

—¡Ah! Y usted pinta.

Yo quise negarlo.

DEL FRONTON A LA CABAÑA



Juan — ¿Eh? ¿Qué tal? Con este aliño no soy ya el mismo. Delata mucho *chique* al que me trata...
 Angel — ¡Cuernos! Por más que la tiño siempre se vé la alpargata!
 Los pelotaris — ¡Y así te vas y nos dejas! ¡Ingrato. ingrato, desleal!

Los sportmans — ¡Bravo, don Juan!
 Juan — No estoy mal ¿no es cierto? (Quita el ojo)
 Los sportmans — Hasta en las orejas parece usted inglés. ¡Formal! (Escena final de un drama que dió Juan esta semana).

GINETEANDO



El de las actitudes—Mira; esos espectros son los que mi voz no escucharon y el Ministerio aceptaron vencidos por la ambición.

El nuevo — ¡Pues, diablo! Estoy convencido de que, sea por lo que fuere, á mi juicio lo que quiere es *partirme* mi partido.

Pero, no por asustarme ¡oh, manajo de virtudes! con tan fieras *actitudes* has de conseguir voltearme.

—Si, si ya sé que pinta. A ver si me manda alguna cosita para mi álbum...

—¡Yo! Si...

—Nada; me tiene que mandar algo.

Era el tributo obligado, impuesto por la fuerza de la cortesía á todos los amigos. ¡Pero á mí! Resolví vengarme.

—Y usted dibuja.

—Mamarrachos.

—Y compone.

—¡Bah!

—Pues me tiene usted que prometer un dibujo, y un vals miniatura para el «Album de CARAS Y CARETAS.»

—Pero...

—Nada; nada.

Y me lo prometió, si lectoras; se lo digo á ustedes, para que si no cumple pronto, seamos más con derecho á exigirle que cumpla su promesa.

Pero era hora de marcharse, como es hora de concluir. Del mueblecito de nácar apenas un reflejo pálido, azulado de llama, se advertía allá en el fondo, entre la mesita y las oscuras cortinas de la ventana. Las galerías blancas oscurecían y el espejo de la consola morisca, como una plancha de plata mate salía de entre el tapiz elegantemente caído, borrados los mil arabescos del marco por la sombra invasora. Los lindos apuntes de María Bus-to se habían ocultado en la panumbra del rincón, y dos reflejos acerados, la cazoleta de los sables indicaban el sitio de la ponoplia en formación.

En la escalera ya, nos dijo Adolfo:

Una noche que hagamos música aquí, les voy á avisar ¿eh? Ya saben; de cuatro á seis...

Eran las seis.

NEMO



Interceptando la vía, mucha gente y no formal se agolpaba el otro día enfrente del Tribunal. Y el portero de servicio dijo con voz desabrida: —Todo el que no tenga juicio, que se retire enseguida.



VISITA INESPERADA

(HISTÓRICO)

ELLA (Con ayuda de la campanilla)—Tilín, tilín.

Yo—¿Quién es?

ELLA—Una servidora.

Yo—Ya veo que no es más que una.

ELLA (Con voz entrecortada)—Usted es don Juan, ¿verdad?

Yo (Entrecortándome también)—Creo que sí. Al menos, por ahora...

ELLA—¡Vaya! Usted no se me despinta.

Yo—¡Hombre, solo faltaba que me despintase!

ELLA—A usted lo he visto estampado en unos papetes con una cabeza muy gorda. Y no hay duda de que es usted el mismo, salvo la gordura de la cabeza.

Yo—Bueno, señora. Pase usted, tome asiento y diga qué se le ofrece.

(La hermosa desconocida, modestamente ataviada con un traje color berengena triste, se deja caer en un sofá (porque es de las que saben dejarse caer), y me dirige miradas alarmantes, sobre todo con el ojo derecho. Yo, vencido por el rubor, bajo al suelo la vista y la fijo en un baldosín desmejorado, temien-

do que padezca mi reputación de joven pudoroso.)

ELLA—¡No esperaría usted mi visita!

Yo—No, señora; ¿qué había de esperar?

ELLA—La verdad es que mi atrevimiento no tiene nombre.

Yo—Pues aquí se lo pondremos en un instante.

ELLA—Yo soy de Villachupada ¿sabe usted? Y nada menos que prima de leche de don Lucas Gomez, que es juez municipal por parte de padre. He venido á Madrid á extraerme dos raigones y á comprar un corsé-faja, porque, mire usted cómo tengo el vientre de resultas del último ataque cerebral.

Yo (Obedeciendo por compromiso)—Ya lo veo. ¡Lástima de vientre!

ELLA—Pues bien; en Villachupada tengo una tía muy bromista y un poco sorda.

Yo—Sea por muchos años. Siga usted.

ELLA—Es el caso que, á pesar de la sordera me ha escrito esta carta en verso.

Yo—¿A ver? (Leyendo para dentro):

«Sobrina Bonifacia:

¿qué tal por los madriles?

Ayer cosí á tu tío

tres pares de calcetines.

Sabrás que á la Romualda

la duelen los riñones,

y Próspero y su madre

te mandan muchas expresiones.»

ELLA—¿Qué le parece á usted?

Yo—Obrá de Víctor Hugo.

ELLA—Pues bien; yo quisiera que usted me enjaretase una respuesta graciosa para mandársela á mi tía. Eso lo hace usted por debajo de la pata.

Yo—De la pierna, habrá usted querido decir.

ELLA—Sí, don Juan; usted es capaz de versificar en dos minutos la letanía de todos los santos.

Yo—Eso es lo que ustedes creen; que yo hasta sudo en verso; ¡pero buen trabajo me cuesta el...

ELLA—Nada, nada; no sea usted groserote con una dama como yo. Mire usted, cuando divulgue por Villachupada que el propio, que el auténtico Perez Zúñiga es el autor de la respuesta, todos se van á volver locos.

Yo—Pues más vale que no lo diga usted. Yo, francamente, no me comprometo á contestar á esa buena señora.

ELLA (Poniéndose zalamera)—¡Vamos Juanito, no sea usted malo!

(La desconocida me da una bofetadita cariñosa, y



el rubor se apodera de mí, hasta el punto de que mi cabeza toma el aspecto de un queso de bola con gafas.)

Yo—¡Imposible, señora! ¿Cómo voy á tomarle la embocadura á esa tía? ¡De ningún modo!

ELLA (Dejando el asiento... muy templadito)—Bueno, pues usted perdona esta molestia y cuente siempre con la admiración del elemento culto de Villachupada.

Yo—Gracias mil, señora. Usted me confunde.

(La desconocida se dirige á la puerta; pero antes de salir estornuda y se detiene.)

ELLA—Diga usted, ¿vende usted retratos suyos?

Yo—No, señora. Todavía no hago almoneda.

ELLA—¿Qué contrariedad más grande! ¿Y dónde los venden?

Yo—En ninguna parte. Como no sea que algun pariente mío en un momento de apuro quiera deshacerse de mi efigie...

ELLA—Pues deme usted esa que está sobre el piano. La imagen de usted debe estar en Villachupada entre gasas y flores.

Yo—¡Hola! ¿Se va á abrir allí algun concurso de bellezas? (1)

ELLA—No, señor; pero estoy segura de que, aunque su físico de usted no tiene mucho que agradecer á la Divina Providencia, mi familia pondrá este retrato en un altar y le adorará todas las mañanas antes de tomar el chocolate.

Yo—¡Señora, por Dios!

ELLA (Besando mi retrato con frenesí)—Me lo llevo; no hay mas.

Yo (Arrebatándose)—Por lo mismo que no hay

(1) Es de advertir que Perez Zúñiga es indecorosamente feo.

mas, no puede usted llevárselo. Y crea que siento no tener una docena para vendérselos á usted á buen precio. ¡Es un negocio que se me va de las manos!

ELLA—¿Con que me lo niega usted todo? ¡Qué decepción! Yo le creía á usted un sér ideal, excepcional, sobrenatural...

Yo—Pues creía usted muy mal. Yo soy un modesto padre de familia, que aunque escribe mucho se retrata poco, y que, aparte de eso, no puede aguantar las visitas largas.

ELLA—Pues me retiro. Pero antes de partir voy á hacerle á usted otra pregunta.

Yo—Venga de ahí.

ELLA—¿Puede usted darme tres pesetas?

Yo—Hija mía, de eso tampoco me queda más que un ejemplar y se lo tengo ofrecido al panadero.

ELLA—Bueno, pues, en último caso, deme usted veinte céntimos para el tranvía.

Yo—Tome usted

(Echo mano al bolsillo; y en un arranque de esplendor doy los veinte céntimos á mi bella desconocida. Ella intenta besarme en la nariz, pero yo la digo «¡zap!» y no la dejo, porque veo aparecer á mi señora por el foro. La de Villachupada lanza un graznido y huye veloz. Yo quedo haciéndome cruces y mi mujer haciéndome cargos. Todo lo había escuchado por el ojo de la cerradura, sufriendo en su sistema nervioso-decimal profundas alteraciones. Y gracias á una taza de tila y una rodaja de merluza frita, logro ver calmada su excitación. Pero es lo que yo la digo algunas veces:—¿Lo ves? El casarse con un poeta como yo, eminente y bello, tiene sus quiebras. Si te hubieras casado con aquel recaudador de contribuciones que te cortejaba en Mataporquera, hoy vivirías en paz y en gloria de Dios... Y yo también.)

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.



Un portugués muy finchado, y además muy embustero, en cierta reunión contaba que un Sousa de Vasconcellos, pariente suyo, en la guerra llevó á cabo tales hechos, que el monarca Pedro V le dió una cadena en premio, de oro puro, que pesaba mil libras,—¿Y cómo al cuello pudo llevar una joya de ese extraordinario peso? —Por ser la cadena hueca, dijo el portugués muy serio.



¿Novelli en Un drama nuevo? Pero ¿qué quieren ustedes que les diga de tal hombre en tal drama? Que se podría decir mucho, diran ustedes. Pues

yo creo que no puede, ó más bien dicho que no debe decirse nada. Para el que no lo ha visto el domingo, inútiles serían mis esfuerzos para darle una idea de lo que es aquello; para el que lo vió, todo sería pálido.

Es algo colosal. Y no observemos punto por punto las maravillas de interpretación que pudieron admirarse en todo el transcurso del drama. Dejemos, la naturalísima y difícil escena del ensayo, el sorprendente final del primer acto, el diálogo con Walton, esa tempestad creciente que va rujiendo contenida en el alma de Yorick con levantamientos de ira que se dirían ráfagas de huracán, hasta estallar furiosa en la explosión de cólera inmensa que lleva las manos al cuello del enemigo; la admirable escena con Alice, tan llena de tristeza, tan llena de amor que busca en una palabra, en una sola de la mujer amada un poco de calma, una gota de agua para saciar su ansiosa sed de esperanza, un engaño para su alma sedienta de mentira, que calme el dolor de la horrible desgarradura que en ella ha hecho la verdad; olvidemos el final del segundo acto en que rachas de demencia empiezan ya á pasar por el cerebro del cómico, y limitémonos, como síntesis, como concentración del derroche de talento mostrado en toda la obra, al final, á ese final inmenso, que Novelli ha creado. De mí sé decir que aquello me dejó aplastado. Cada grito, cada mirada de extravío, cada frase entrecortada, me dejaban suspendido. Era la demencia, la locura misma, real, terrible, que iba invadiendo el cerebro de Yorick, de Novelli, avasalladora, horrible, asustante.

Creo que nadie ha sentido en el teatro lo que esa noche han sentido los que vieron á Novelli interpretando á Yorick. Toda la majestad del arte pesaba sobre nosotros.

Y al siguiente día, *Il marito in campagna!*

La vida entera condensada en dos noches de teatro. El gran contraste eterno de la risa y el llanto, mostrándose en una misma faz.

¿Qué más decir?

Merece una palabra el beneficio de la señora Echevarría que tuvo lugar el viernes en San Felipe.

La beneficiada es una artista de mérito, de mucho mérito, y el público la demostró las simpatías que ha sabido inspirarle, acudiendo en gran cantidad á su beneficio.

Decir que estuvo perfectamente, sería decir una perogrullada, tratándose de ella.

Pero yo no lo he dicho ¿no es verdad? Ni lo digo!

RE BEMOL



NOVELA CORTA

ESCRITA EXPRESAMENTE PARA «CARAS Y CARETAS»

(CONTINUACIÓN)

Lo que Emma sentía era rencor é indignación al verse observada con repulsión instintiva por su padre, á quien había esperado encontrar pronto á hacer su voluntad y satisfacer sus caprichos. Andando el tiempo el día de salida llegó á ser temido por el padre y las hijas como un castigo, y poco á poco, por tácito acuerdo, él dejó de ir á buscarlas, y ellas sin temor ya, recobraron su serenidad y alegría.

Pero llegó el día de dejar definitivamente el Convento. Iban con su padre para no volver más, entraban en lo desconocido; y en la imaginación se forjaban una vida de ilusiones y esperanzas, cada una

según su carácter, sus aspiraciones y sus sentimientos. Germana soñaba con el cariño de su padre. Sabía su historia, le tenía lástima con toda su alma por lo que había sufrido, lo adivinaba tierno, sensible, herido en lo más íntimo de su corazón. Adivinaba la dolorosa contracción de esa alma de sensitiva, y se prometía amarlo tan tiernamente que acabaría por conseguir adormecer la herida y abrir de nuevo su corazón á la esperanza, la paz tranquila y serena, en una palabra, á la felicidad relativa.

Emma soñaba con fiestas y bailes, trajes y novios quería conquistar y dominar á su padre lo bastante para conseguir de él la realización de sus deseos de lujo y placeres, y se proponía abandonar á Germana la dirección de la casa, los cuidados del hogar, los deberes de cariño para con su padre, reservándose el derecho de imponer su voluntad en todo lo que fueran fiestas y galas.

Estos diferentes pensamientos mantenían silencio so al padre y á las hijas mientras el break arrastrado rápidamente por los soberbios caballos, se encaminaba hácia la residencia de Vilares.

Era una tarde deliciosa. El sol muy bajo y, cansado de quemar la tierra, lanzaba rayos más débiles sintiéndose morir. El aire cálido y vibrante, gracias al rápido andar del break, se convertía en suave y agradable brisa. Los árboles, con la caída del día alzaban, libres del ardor del sol, sus ramas hácia el cielo en busca de frescura, aspirando ya el deseado rocío, manifestándose unos á otros su alegría con susurros de hojas, como aplausos de manecitas que celebraban la venida de la noche fresca y sombría.

El carruaje corría, corría. Vilares, mecido por su movimiento dejaba vagar su pensamiento por ese mundo de los recuerdos, lleno de melancolía, donde las dichas y alegrías parecen más tiernas, esfumadas por el tiempo, donde los dolores y desengaños pierden su amargor envueltos y velados por la niebla que levantan los años, rodeando nuestros recuerdos de una atmósfera tenue y suave que llena el alma de melancólica ternura.

Sus ojos contemplaban á Germana llenos de cariño; su corazón rebotaba de ternura hácia ella, viéndola tan parecida á la mujer que tanto amó. Luego se fijaban en Emma, y esperaba, y deseaba que su prevención no se justificara y que la niña educada con esmero y guiada por su hermana se mostraría parecida á su madre solo físicamente.

El carruaje entró por el portón de una verja, y siguiendo un camino en semicírculo se detuvo delante de la escalera de mármol de un soberbio edificio de dos altos, coronado por un mirador altísimo, y rodeado por una galería ancha y cómoda, que era el sitio más agradable de la casa, con su balaustrada de mármol, sus palmeras en grandes macetas, sus cómodos sillones de todas dimensiones tendiendo sus brazos á los visitantes y convidando al descanso, sus tapices, sus colgaduras, sus cuadros, todo lo que el confort y el lujo pueden apetecer.

Las niñas subieron con su padre la escalera y al entrar en la galería éste las atrajo en sus brazos y besándolas con cariño les dijo: «bien venidas sean, mis queridas: quiero que vivan aquí contentas y felices: yo haré todo lo que esté en mí para que así sea. Lo único que les pido en cambio es un poco de cariño.»

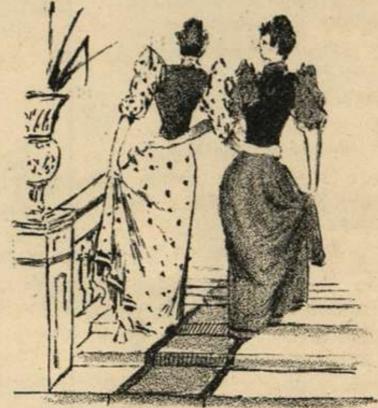
Germana rodeó el cuello de su padre con sus brazos y apoyando su preciosa cabeza sobre su pecho se estrechó confiada contra él; luego mirándolo, contestó muy bajo: «Sí, papá». Y Vilares leyó en esos ojos leales tanta ternura, tanta fé y tanta confianza que sintió despertarse todo el cariño que por tanto tiempo había estado oculto en su corazón, y la estrechó de nuevo en sus brazos.

Entanto, Emma, libre del abrazo paterno miraba á su alrededor extasiada. Corrió á su padre y tomándolo del brazo apoyó su linda cabeza contra él diciéndole: «¡Oh, papá, qué lindo es todo esto y qué felices vamos á ser! Vamos á ver la casa, quiero verla todo en seguida, pronto, pronto, me muero de curiosidad.»

Vilares la miró y suspiró. ¡Cuán igual á su madre era! —«Por lo pronto, dijo, te contestarás con ver tu cuarto; dejaremos lo demás para después de

comer. Vé con tu hermana: les doy un cuarto de hora para mirarse al espejo y las espero en el comedor.»

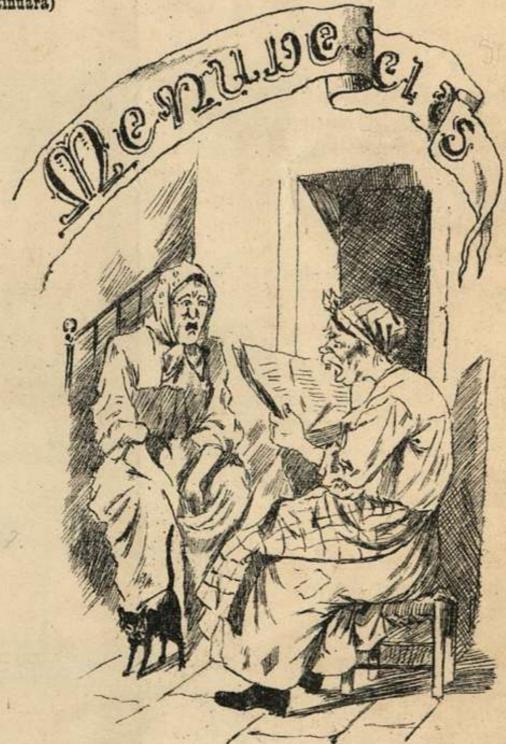
Emma hizo una mueca que felizmente su padre no vió. Le disgustaba que su primer pedido hubiese sido rechazado. Germana la tomó del brazo y am-



bas subieron al segundo piso donde tenían sus dormitorios, separados por una gran pieza amueblada con doble juego que les serviría de doble cuarto de vestir. Emma que ya empezaba á exasperarse se calmó como por encanto cuando entró en su cuarto. Las paredes tapizadas de un papel claro con una lluvia de rosas blancas y rosadas que parecían caer, caer siempre. Los muebles de erable gris, la cama con su dosel y cortinado de brocado rosa, y dobles cortinas de encaje blanco, la alfombra clara, riquísima, los cuadros, los mil bibelots que adornaban los muebles y rinconeras, los espejos que reflejaban su imagen por todos lados, todo aquel lujo deslumbrador la dejó encantada. Sentíase invadida por un orgullo inmenso: por una inmensa sed de gozar todos los placeres del mundo que la sociedad y el dinero procuran.

MIRIAM.

(Continuará)



Nuestros colaboradores y amigos los señores Víctor Perez Petit, Juan Torrendell y Eduardo Ferreira,

tres mozos que escriben bien
y piensan mucho mejor
lo cual es una verdad
puesto que lo digo yo,

van á editar en breve un tomo que se titulará «Novelas»

Gracias á la rapidez de la bicicleta, que ya va entrando en uso (la bicicleta, no la rapidez), y á la anterioridad de mi aviso, podrán ustedes llegar á la librería antes que se agote la edición el día que esta se ponga en venta.

Hablaba la otra mañana
con Dolores don Andrés:
—¿Con que tiene usted intenciones
de divorciarse?

—Este mes;

de lo contrario me muero;
es de los hombres la hez,
lo más malo que se ha visto,
y si simula el querer
son sus caricias tan bajas!...

—Sí, como que á usted, señora,
la acaricia con el pié!

(Véase á la vuelta)

Todos los diarios se ocupan con interés de los fenómenos que en estos días se han producido en el planeta «Marte», y de las suposiciones á que dichos fenómenos han dado lugar entre los astrónomos.

La opinion más generalizada es que ese planeta se encuentra incendiado.

Oyendo lo cual Cesario exclamó muy alarmado:

—Pues si «Marte» está incendiado, apagarlo es necesario.

—Pero en circunstancias tales... ¿qué hacer?

—¿Qué hacer? Apagarlo.

—¿Y cómo?

—Hay que ir á avisarlo al comandante Bañales.

A raíz de la disposicion de numerar todos los carruajes de alquiler, un cochero entra en una sombrería á comprarse un sombrero.

—¿Qué número tiene? pregunta el sombrerero

—Mil quinientos cincuenta y dos.

Dice «El Telégrafo Marítimo»:

«Ya han sido llenadas por el Gobierno las cinco plazas de agentes nocturnos en las fábricas de fósforos, cerveza, etc.

¿Qué fábricas serán esas! dijo al leer esto Facundo; es seguro que no hay otras de igual tamaño en el mundo. Y no las verán mayores ni este año ni los que vienen, si es cierto eso que en su seno cinco ó seis plazas contienen.

Un pordiosero sigue á un individuo, pidiendo con insistencia una limosna:

—Deme algo, señor; soy un pobre padre de familia.

—Perdone, contesta el otro siguiendo su camino; soy extranjero.

Don Francisco Calomarde que es tan profundo gramático, que llega á ser ya maniático, decía á Rosa, ayer tarde:

—Anoche ¡seré fatal! mis gemelos he perdido.

—¡Es singular!

—¿Qué he oído?

¡gemelos! mujer! ¡Plural!

Dice un diario inglés que la novela de lord Pister titulada: «Lo que hay que hacer para conseguir un buen marido», ha llegado ya á la 34.ª edición.

Conviene aquí recordar que Kiffiel no vendió un solo ejemplar de su libro: «Lo que hay que hacer para conseguir una buena esposa».

El señor Abdon García afirma que no hay peor diario en esta ciudad, que *El Día*, y nada de extraordinario tiene que esto diga Abdon pues lo contrario sería absurdo, porque es ladrón y ya es sabido que el día no presta á estos proteccion.

Correspondencia Particular

Galateo—Montevideo.

Tengo que observarle sobre el verso que me ha mandado, que está bien versificado pero ¡es la idea tan pobre!

Je T'aime—Id.

¿Por qué se oculta? ¿qué teme?
¿Qué se ha hecho usted, informal?
Se está portando muy mal pero muy mal ¿eh? *Je t'aime.*

Vir.—Id.

Echa á correr el segundo verso de tal modo, *Vir*, que si le deja seguir pronto da la vuelta al mundo.

Fieraluz—Pando.

¿Con que es en ello usted ducho? Pues no parece, amiguito. De *Fiera*, tiene usted mucho, pero de *luz*, ni un poquito.

M. M. Z.—Minas

No hallo un consonante en *árbarc* y lo siento, por mi fé pues quería decirle á usted en verso: ¡Bárbaro, bárbaro!

Figurita—Cerro—Largo.

Es muy malo Sin embargo consuéllese *Figurita*. El primer verso... es más largo que el Cerro en que usted habita.

NUERTROS PROHOMBRES DE INCÓGNITO



Logró hasta que le aclamaran, logró ceñirse la banda; quiso entrar de nuevo en tanda y logró que lo fumaran; á su vez logró fumar á Julio, que fué aquí misto, logrando pasar por listo. ¡Me parece que es lograr!

Seccion recreativa

CHARADAS

1.ª

Mi segunda consonante prima con dos vegetal tener alguna dos cuatro es propio en alguna edad. Unico dato que queda la tercia es una vocal. El todo de esta charada en botica hay que comprar.

2.ª

Así te coma una todo grandísima tres—dos—tres que por quitarme el primera me has dejado sin comer.

3.ª

Al preguntarle á mi novia, dice que se llama dos; más al ver la que en mi tiene ¡primera!, respondo yo.

D. M.

4.ª

De hallarse una una—cuatro horrorizada cual si fuese de muerte su sentencia, encontré á tercia—cuarta que en conciencia es bella como tod, mi adorada. —Prima—segunda, amigo, dijo airada no soy de dos—primera y me entristece el porvenir que veo se me ofrece, que ha de ahuyentar amores y hermosura. Y yo la repliqué—¡Prima! criatura, es una gracia más que te ennoblece.

Peñasco.

PARALELOGRAMO

Sustituir los puntos por letras de modo que leidas horizontalmente resulte: 1.º médico famoso, 2.º el que roba, 3.º en las casas, 4.º parte del cuerpo, 5.º adjetivo, 6.º nombre de mujer. Y verticalmente empezando de izquierda á derecha: 1.º letra, 2.º id., 3.º animal, 4.º parte del cuerpo, 5.º verbo, 6.º publicación, 7.º tiempo de verbo, 8.º rio de Rusia, 9.º espacio de tierra, 10.º adverbio, 11.º vocal.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTEROIR

TRIO DE SÍLABAS—Damasco, máscara, corazón.
FUGA DE CONSONANTES—A la casa blanca va—a lavar la lana Paca—a ganar para saldar—a sacar para la casa.
AL NOMBRE DE MUJER EN CLAVE NUMÉRICA—Isabel.
A LAS CHARADAS—1.ª Encanto, 2.ª Opera, 4.ª Aguador.
AL GEROGLÍFICO—Quien malas mañan há tarde ó nunca las pierde.
AL TRIÁNGULO—Cupido, usura, puja, ira, da, o
AL LOGOGRIFO NUMÉRICO—Contienda.
DEL TRIO DE SÍLABAS: Tú y yo, Gladiador, Luis, Condestable, Apolo, Inca, Teodora R. y Calixto.
DE LA FUGA DE CONSONANTES: F. F. F., Luis, Calixto, Luis y Condeestable.
DEL NOMBRE DE MUJER EN CLAVE NUMÉRICA: Teodora R., Luis, Polea, Granadero, Esfinge y Apolo.
DE LAS CHARADAS: Tú y yo, Luis, Emakor, Esfinge, Gladiador y Apolo.
DEL GENOGLÍFICO: Apolo y Condestable.
DEL TRIÁNGULO: Tú y yo, Teodoro R., Calixto, Luis, Emakor, Lalin y Arturo.
DEL LOGOGRIFO NUMÉRICO: Luis, Glrdiador, Teodora R., Apolo, Inca, Calixto, Condestable, Esfinge, Lalin y Arturo.

AL POLO BAMBÁ

CASA ESPECIAL EN CAFÉ
CALLE COLONIA, 2, 4, 6, 8

Da el «Polo Bamba» un café de clase tan superior, que beber no logra usted en el mundo otro mejor.



Estudio Fotográfico de DOLCE Her.

Calle Sarandí Núm. 359
Retratos modernos de busto á la romana

A Dolce, es ya cosa vista, nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.



ELIXIR HUTCHINSON
TÓNICO DIGESTIVO Y RECONSTITUYENTE



á la Papaina (Pepsina vegetal), preparado con el fruto del CARICA PAPAYA (Manon del Paraguay). El más potente y agradable de los digestivos, contra anemia, clorosis, debilidad y consunción.

Botica Inglesa «Hutchinson»
25 de Mayo, esq. Ituzalngó

Estudio Fotográfico de P. Calligaris
CALLE IBICUY, 228



Fotografia de moda por la high life preferida, donde se retrata toda la gente más distinguida.